

# Hay que tenerlos bien puestos

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno* (Guatemala), 27-X-2001

Sin importar que sólo se trate de gónadas con funciones que nada tienen que ver con la valentía, el imaginario popular los reconoce y acepta como símbolos de coraje y determinación. Por discreción se les llama, eufemísticamente, *pantalones*, y quienes los llevan, ya se sabe, han de ser hombres y, mejor aún, muy hombres.

Hace años me mostraron unas fotografías en desnudo (falsas, por supuesto) de varios líderes mundiales, entre ellos Arafat. Última en la serie, cual broche de oro, aparecía la británica Margaret Thatcher luciendo un par de testículos, algo que, supongo, habrá provocado risotadas en quienes suelen divertirse con tales imágenes. A mí me resultó simbólico más que chocante: al parecer, a la sociedad inglesa se le dificultaba concebir a la temida primera ministra con atributos que no fueran masculinos. Señora de tal calibre no podía ser simplemente una mujer prominente en la política; había que convertirla en hombre y reconocerle su género en un duro apodo: “la dama de hierro”.

Ahora hay que reivindicar el valor de los ovarios y de aquéllas que tan bien puestos los tienen, porque cada vez son más las mujeres que se estrenan y destacan también en el plano político. En Guatemala son ahora muchas las que se llevan todas las palmas, en particular por su defensa de la justicia, su incansable lucha contra la impunidad y por el pleno respeto a los derechos humanos.

Y están, casi nunca visibles, las demás que cotidianamente aportan a la nación un trabajo productivo no reconocido: las que alimentan al pueblo, las que trabajan de sol a sol en todos lados, las que cuidan, nutren y dignifican la vida desde cada frente, con esfuerzos sobrehumanos y enfrentando enormes adversidades y carencias sociales.

Recientemente agregué tres extranjeras a mi lista de mujeres admirables quienes, pese al profundo significado de sus acciones y a diferencia del tratamiento privilegiado recibido por sus connacionales en el ámbito oficial estadounidense, han sido las grandes ausentes en la maquinaria informativa pro-vengeanza montada por los medios en su país.

Una es Barbara Lee, demócrata por California, la única en la Cámara de Representantes quien se opuso, el 14 de septiembre, a la Resolución 64, que cedía la futura autoridad del Congreso al presidente de la nación acerca del uso de fuerza militar en respuesta a los ataques terroristas del día 11. Al justificar su oposición, la diputada explicó que, si bien se debía llevar a los perpetradores de esos hechos ante la justicia, el Congreso tenía la responsabilidad de llamar a la precaución de manera que la violencia no saliera de todo control y considerar las consecuencias de las acciones parlamentarias. Una profecía desatendida.

Las otras dos son Dona Spring y Shirley Dean, respectivamente concejala de gobierno y alcaldesa de Berkeley, California, única ciudad en aquel país que el 16 de octubre resolvió, según la propuesta de Spring, exhortar al presidente Bush a concluir los bombardeos en Afganistán a fin de salvar vidas inocentes. La resolución pide a los representantes de la nación, entre otras cosas, ayudar a romper el ciclo de violencia y dedicar los mejores esfuerzos del gobierno estadounidense, “en colaboración con los gobiernos del mundo, a enfocar y superar condiciones tales como la pobreza, la desnutrición, las enfermedades, la opresión y subyugación que tienden a conducir a algunas personas a actos de terrorismo”.

Admiro a esas mujeres que no cierran los ojos a lo que convirtió en fatídico el 11 de septiembre, a diferencia de la embajadora Prudence Bushnell acreditada en nuestro país, a quien esos hechos le parecen “inexplicables”.

Las admiro porque requiere ovarios bien puestos superar la ceguera colectiva del *ojo por ojo* para apostarle a la justicia. Y porque ellas, más que férreas, son auténticas damas de oro.